

# TANZANIA

Tanzania es la primera escala de mi periplo por doce países de Africa, el continente más misterioso.

He comenzado el viaje en Nairobi, desde donde salí al día siguiente hacia Tanzania. En Tanzania he estado tres semanas, y he aprovechado para subir al techo de Africa, el Kilimanjaro, para disfrutar en dos de las mayores reservas de animales salvajes del mundo: el Parque Nacional de Serengeti y el Cráter del Ngorongoro, y por ultimo, para vagar por la isla de Zanzíbar, un pequeño paraíso en el Indico donde se mezclan lo mejor del Africa negra y la cultura musulmana. Además, la isla esta plagada de playas espectaculares.

Después de una breve escala en España, volé el 20 de Noviembre de Madrid a Nairobi con escala en Amsterdam. En Holanda pasé una tarde con mi amigo Jerome y su familia. Después, vuelo nocturno a Nairobi en un destartalado y sucio avión de Kenyan Airways. Valió la pena porque solo pague 53,000 pts usando un carnet de estudiante internacional que había comprado en Mongolia.

En Nairobi compartí habitación con Jean Luc, un mochilero frances/noruego que conocí en el aeropuerto de Nairobi y venía a subir el Kilimanjaro. Nada más salir del hotel de 500 pts la noche tuve mi primera experiencia puramente africana: en medio de un tráfico caótico mi tuk tuk o taxi-moto colisionó lateralmente contra un “matatu” o taxi-furgoneta. Mi conductor salió disparado por el impacto. Quedó herido levemente. Afortunadamente yo salí ileso. Mientras se organizaba un remolino de gente alrededor del accidente escapé entre la multitud para evitar declaraciones y otros trámites en comisaría. El atasco que inmediatamente se provoco fue infernal.

Al día siguiente partí en un autobús barato hacia Arusha (Tanzania), a trescientos km al sur del peligroso, sucio y atestado Nairobi. Arusha es el centro turístico del Norte de Tanzania. Está a mitad de camino entre los parques naturales del Kilimanjaro y los del Serengeti y Ngorongoro. Aquí se agolpan 150 “safari tour companies”. Mi intención era organizar la subida a los casi 6.000 metros del Kilimanjaro. Los precios para ascender a la cumbre eran altos y decidí acercarme a Moshi, un pueblecito a las faldas del gigante. En Moshi rebajé el precio 15.000 pts hasta llevarlo a unas 70.000 pts por una ascensión de 5 días con dos porteadores y un guía local. La tarifa también incluye la entrada y estancia en el parque, comidas y alojamiento en los refugios. No esta permitida la ascensión por libre.

## SUBIDA AL KILIMANJARO

Llama la atención que esta montaña de 5.896 metros de altura, situada en plena línea del Ecuador, esté coronada por nieves eternas y numerosos glaciares. Si uno está en buena forma es posible subirla sin necesidad de ser un escalador técnico.

“Kilima” significa montaña en idioma swahili (hablado por 60 millones de personas en Tanzania, Kenia, y parte de Uganda), “njaru” significa caravana, refiriéndose a las que se internaban el siglo pasado desde Zanzíbar a los lagos del centro de Africa en busca de esclavos.

Los primeros dos días de ascensión con mi guía Félix y los porteadores Pascali y Ningu transcurrieron sin consecuencias, siempre con la imponente mole de piedra y nieve alzándose delante de nosotros. Al principio me sentía extraño al llevar conmigo a tres tanzanos para guiarme, cocinar y subir mis cosas. Manolo Livingstone. Solo me faltaba la sombrillita, la pipa y el monóculo.

El primer día de ascenso nos llevaría hasta el refugio de Mandara, a 2.700 metros de altitud. Fue una subida por la jungla bajo una lluvia torrencial e ininterrumpida. En el segundo día subíamos al refugio de Horombo, a 3.700 m. El océano de nubes pronto quedó debajo. Disfrutábamos de un sol espléndido, pero el frío y la falta de oxígeno se empezaban a hacer notar. Durante la subida y en los cómodos refugios nos encontramos con otros viajeros que descendían, algunos venían exultantes por haber alcanzado la cima.



Los demás sólo pensaban en descender. En las cabañitas habilitadas cerca de los refugios Pascali cocinaba tortillas, arroz y té caliente. En la tercera jornada subimos hasta el refugio de Kibo, a 4700 m, casi la misma altitud que la cima del Mont Blanc, el pico más alto de Europa. En Kibo coincidimos Paul, policía galés, Nicholas, dentista danés, y Karen, alemana empleada de banco. Cada uno con su guía y porteadores. Todos preparados para el asalto a la cumbre durante la madrugada siguiente. La última parada, el refugio de Kibo, ofrece un par de cabañas de madera, una para los porteadores, guías y guardaparques y otra para los extranjeros. Nuestra cabaña tenía un par de cuartos-dormitorio con seis literas. El frío dentro de la habitación era tal que cenamos con los guantes puestos. Me metí en el saco de dormir vestido con tres pares de calcetines, una camiseta térmica, cuatro camisetas, un pullover y dos pantalones. Me levanté para orinar seis veces en cinco horas. La causa eran las pastillas Diamox, que facilitan la entrada de oxígeno en la sangre pero relajan los músculos de la vejiga. En medio de un frío del carajo intentamos conciliar el sueño. La escasez de oxígeno, el cagazo y la ansiedad nos impidió pegar ojo.

A las 00.00 nos “despertaron”. Era necesario empezar temprano porque después del amanecer los vientos dificultan el acceso a la cumbre.

Tras colocarme un tercer pantalón, unos guantes y botas de alta montaña, balaclava y anorak, Félix me susurró dándome prisas:

“Vamos Manuel, veamos hasta donde puedes llegar”.

Comienza la verdadera aventura:

Era una noche sin luna y el cielo estaba encapotado. Malos augurios. A menos de cero grados e iluminando con una linterna la nieve que crujía bajo las botas, los cuatro iniciamos con nuestros guías y sin porteadores la última y más difícil ascensión.

Subíamos lenta y penosamente, respirando rápida pero pesadamente. Un par de veces cante algo cómico para aliviar la tensión y matar el silencio, pero hubo unanimidad en el grupo en una petición para que cerrara el pico.

Tras dos horas de silenciosa ascensión estábamos a más de 5.000 metros en medio de una tormenta de nieve. El aire era difícil de respirar. El grupo empezaba a disgregarse, los jadeos dejaban de escucharse y las linternas de Karen y Paul habían desaparecido más abajo. Todos maldecíamos la idea de subir. Un rato después Nicholas también se quedó atrás. Me quedé sólo con Félix. Le pedí varias veces que parásemos a descansar, pero me apresuraba mientras seguía soplando de frente la maldita tormenta de nieve. Resbalaba continuamente en la nieve helada y el corazón me latía a infinidad de pulsaciones. Para colmo, mi linterna se fundió. En el silencio interrumpido por la respiración entrecortada deseaba como loco que se aclarase la noche y ver cuanto quedaba, donde estaba el final.

La cumbre del Kilimanjaro tiene forma de meseta inclinada, con Gilmans Point en un extremo a 5686 metros y Uhuru peak a 5.896 m. en la otra punta, a 4 kilómetros hacia el Oeste.

Abriéndose camino entre la oscuridad de la noche aparecieron las primeras luces del amanecer. En uno de los momentos en que peor lo estaba pasando Félix me grito; “¡¡ánimo, estamos cerca de Gilmans Point!!”.

La tormenta fue amainando y apareció un inmenso disco anaranjado detrás de la alfombra de nubes. Nos aupamos agónicamente a una torre de rocas que sobresalían entre la nieve y Félix dijo: “¡¡hemos alcanzado Gilmans Point!!”. Me detuve exhausto para mirar el fabuloso espectáculo del amanecer. Pero estaba agotado y hacía demasiado frío para disfrutarlo. Sólo pensaba en dar la vuelta y comenzar el descenso. Los demás habían quedado atrás hace tiempo. Tras vencer mi débil resistencia, Félix me convenció para seguir subiendo, ahora en pendiente menos inclinada, hasta Uhuru Peak. Pasé una hora y media arrastrando los pies sobre la nieve, deambulando como un zombie por un paisaje surrealista a lo largo de una estrecha senda abierta en la nieve del escarpado borde del cráter. A la derecha el sol se alzaba lentamente sobre un horizonte infinito de nubes, y a la izquierda multitud de glaciares de extrañas formas, sombras alargadas y fantasmagóricas y las profundidades nevadas de un cráter de 8 km de diámetro. Mi ansiedad por llegar, el cansancio, la falta de aire y el frío (-15 grados) anulaban los deseos de disfrutar de un paisaje que poca gente tiene el privilegio de ver.

A las 7:00 am, una hora y media después de coronar Guilmans Point, Félix, que también caminaba con dificultad a pesar de haber subido al Kilimanjaro más de 50 veces, se dio media vuelta y me señaló con

gestos la bandera de cumbre, que se divisaba a 100 metros en un promontorio delante de nosotros. Con la emoción comencé a correr hacia la bandera. Corrí veinte metros, pasé a Félix, pero me di cuenta que me estaba asfixiando. Paré y tomé aire. Camine jadeando otros 60 metros. La bandera tanzana, absolutamente rígida, petrificada y blanca por la congelación, quedaba ya a solo 20 metros. Comencé a correr otra vez. Sonaban los crujidos de mi anorak congelado. Mis flequillos y cejas cubiertos de nieve asomaban por el agujero que deja la balaclava de lana. Cuando quedaban dos metros salté hacia la bandera como quien se tira de cabeza a una piscina. Abracé el mástil y me dejé resbalar mientras gritaba como un energúmeno. Lo había conseguido. Había llegado.



La nitidez era inmensa, se habían apartado las nubes y se divisaba el monte Kenia, el segundo pico más alto de Africa, a 400 km al Norte. El día era precioso y la visibilidad excelente, pero el viento y el frío no perdonaban. La satisfacción me desbordaba. Casi se me congela la mano cuando durante un rato me quité los guantes para sacar un par de fotos en la cumbre.

Iniciamos el descenso.

La bajada hasta Kibo (4.700 m) fue rápida. El oxígeno aumentaba, la mañana avanzaba y la temperatura subía. Me encontré en el refugio con Paul, Karen y Nicholas. Decidieron retornar cuando alcanzaron Gilmans Point. Me prometí que nunca más.

## LOS PARQUES NATURALES DE NGORONGORO Y SERENGUETI

Tras despedirme de todos descansé un par de días en Moshi y volví a Arusha. En la calle conocí a Evans, Fia y Shariffa. Me llevaron el sábado noche a bailar los ritmos africanos, que son extraordinariamente parecidos a los del Caribe. De hecho, el DJ puso bastante música “salsa”. También me llevaron a almorzar y a cenar en su humilde vivienda en los suburbios de Arusha.

Cuando me enteré de los precios de los safaris organizados (13,000 pts por día y persona) decidí visitar estos fabulosos parques de la manera más barata posible. No podía perder la oportunidad, ya que a principios de Diciembre termina la migración de los millones de animales que se desplazan desde el parque Masai Mara en Kenia hasta Tanzania. Aquí han encontrado agua y alimento y pastan o cazan plácidamente en las enormes llanuras del Serengeti y en los 18 km de diámetro del cráter del Ngorongoro.

Tomé un autobús público desde Arusha a Karatu, cerca del cráter. En teoría, 5 horas en carreteras inundadas. El vehículo tenía 60 plazas sentadas pero viajaban 50 personas más de pie. Yo era el único blanco y todos me miraban con curiosidad, incluyendo las madres con sus niños colgados de la espalda y los altos guerreros masai con su túnica roja cuadriculada, bastón y pesadísimos pendientes de aros y bolitas multicolores que les estiraban los lóbulos hasta casi rozar los hombros.

El desvencijado autobús paraba continuamente para que bajásemos y de esta manera vadear las enormes lagunas y fango del camino. Algunas veces nos inclinamos tanto que temí por mi vida: iba pegado a la ventana y en caso de vuelco me hubieran caído encima al menos seis personas. Como era de esperar, los amortiguadores terminaron reventando, el autobús quedó estancado y los 110 pasajeros nos quedamos tirados en medio de la sabana. Llovía incesantemente. Esperaba al borde de la carretera que pasara algún vehículo. Una hora después apareció un jeep y tuve la suerte de hacerle parar y recogerme. Por suerte o por desgracia, ser blanco en estas circunstancias ofrece algunos privilegios. Me alejé viendo las caras de resignación de los que se quedaban atrás. Mis nuevos compañeros eran seis alegres tanzanos que se dirigían al Serengeti a armar un campamento para unos millonarios americanos. Cambié de planes y en vez de ir primero al cráter aposté por llegar con ellos hasta la entrada del Serengeti, a más de 10 horas de distancia con paso obligado por el Ngorongoro Conservation Area (NCA). Nos quedamos a dormir en una inmunda pensión de Mto Ma Bu, a mitad de camino. A día siguiente nos levantamos temprano y entramos en el NCA. Aquí los no tanzanos deben pagar 4.000 pts (una fortuna en Tanzania) por el sólo hecho de pasar a través del NCA. Por la tarde llegamos a Naabi Hill Gate, la puerta de acceso más importante a este parque de casi 15.000 km<sup>2</sup>. Serengeti significa “enormes explanadas sin fin” y está declarado por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad.



Los funcionarios de la entrada me preguntaron con que tour organizado había llegado. Les dije que con ninguno. Después de una larga discusión me echaron para atrás. Era, en mucho tiempo, el primer “autoestopista” que llegaba al parque. Estaba prohibido entrar sin tour. Me pusieron en un Land Rover y me soltaron en el Simba Camp, a 5 horas de camino y al borde del Cráter del Ngorongoro. Mientras maldecía a los tanzanos tuve la alegría de ver como llegaban al camping Paul (el policía galés compañero de ascensión) y su esposa Rachel. Habían contratado un “Tour” y les quedaba espacio suficiente en el Jeep para mí. Viajaban con guía y cocinero. Puse a su disposición mi comida y mi tienda de campaña. Me ofrecieron continuar con ellos. Acepté sin dudar un segundo pensando que tendría una excursión gratis. No tanto.

El sistema de parques naturales de Tanzania está armado de una manera muy burda para succionar el dinero de los “millonarios mzungus” (cualquier turista blanco). Las tarifas diarias por estancia y acampada son tres veces más altas que para los tanzanos, sólo se puede pagar en dólares y las tasas de cambio son abusivas. Los servicios que se obtienen por el dinero son escasos. El trato por los funcionarios del parque es poco cortés. Comparando con los costos de vida de Tanzania, el dinero que pagamos es excesivo. Los responsables argumentan que los ingresos se utilizan para la manutención del Parque y la construcción de escuelas. Son 4.000 pts por entrar o salir del Serengeti, más otras 4.000 pts por cada día de estancia y otras \$3.000 por cada noche de acampada en un lugar designado carente de seguridad o servicios. Calculamos que los costos para mantener el parque son bajos, ya que un guardaparque o “ranger” cobra 4.500 pts al mes y el parque natural está formado por extensas sabanas repletas de animales que llegan y se van a su antojo. La infraestructura es muy básica y no está bien mantenida. Sin embargo, pagas más de 10,000 pts por día o más los costos del guía, cocinero, vehículo, comida etc. En términos relativos, pagamos una fortuna.

A pesar de todo, estas insuficiencias se compensan con el inmenso espectáculo que significa deleitarse con la visión de millones de animales de infinitas especies en su estado salvaje, cazando, pastando, jugando, reproduciéndose o interactuando en unos hábitats escasamente alterados por los humanos.

Después de la migración en el SERENGETI se llegan a concentrar 1,6 millones de ñúes, 260.000 cebras, 440.000 gacelas, miles de leones, antílopes, jirafas, buitres, jabalíes, hipopótamos, cocodrilos, búfalos, mandriles, impalas, hienas, chacales y cientos de elefantes, leopardos, guepardos y más de 530 especies de aves (más que en toda Norteamérica). Devoran cuatro mil toneladas de hierba diarias. No es posible imaginar esto sin haberlo visto.

Me dejó llevar por la descripción de Javier Reverte en su libro “El Sueño de África”:

“es el lugar del mundo donde hay una mayor concentración de fauna salvaje... Serengeti es escenario de una gran emigración, uno de los espectáculos más fascinantes que el hombre del siglo XX puede todavía contemplar... la emigración de Noviembre y Diciembre camina detrás de las lluvias y a los hervíboros le siguen los depredadores...”. “Era el mejor cazadero del mundo, los europeos y americanos pagaban verdaderas fortunas por lograr los mejores trofeos”.

“En 1920, en una sola semana, dos americanos mataron en el Serengeti 323 leones desde un coche, y el hecho levantó enormes protestas entre los profesionales de la caza, lo que provocó la prohibición... a los profesionales les gustaba disparar de pie, esperando la carga del feroz felino, así era un verdadero deporte y juego limpio”

Dice Hunter: “hay pocas cosas en la naturaleza más terribles que la visión de un león cargando desde el mismo momento en que arranca hacia tí a una velocidad de 65 km por hora. Un hombre que permanece en pie, a sólo 30 metros del león que carga, no puede arriesgarse a fallar. Un león adulto pesa más de 200 kg, y si te alcanza con toda la fuerza de su carga te arrojara al suelo con la misma facilidad que un hombre arranca un champiñón con el pie. Cuando la carga viene, hay que apoyar el rifle de inmediato sobre el hombro y disparar con rapidez sobre la forma parda que se mueve con la velocidad de un torpedo. Si tu disparo acierta, a menudo el león da un salto hacia adelante y viene a caer a 10 metros frente a tí. Si el hombre falla, será afortunado si tiene tiempo para un segundo disparo antes de que el león este ya sobre él...”

## CRATER DE NGORONGORO

A la vuelta de nuestra visita al Serengueti, Paul, Rachel y yo acampamos en el borde del cráter del Ngorongoro. Tras dormir en las tiendas de campaña, y cuando desayunaba pan con manteca, un águila en vuelo rasante me robó la rebanada. Por la noche, las hienas que rondaban nuestro Simba Camping Area en busca de restos de comida me impidieron salir de la tienda para descargar el canario. El camping, con una superficie de 1.000 m<sup>2</sup> y diez turistas, estaba custodiado por dos guardaparques con fusiles. Por primera vez alguien me protegía de los animales, no de las personas.

El cráter del Ngorongoro es otra maravilla. Está nominado por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Es un volcán extinguido de 2,5 millones de años con un cráter de 2.300 m. de alto sobre el nivel del mar y 1.700 metros en el interior. Las condiciones climáticas de esta caldera perfecta hacen que, en sus 18 km de diámetro y 260 km<sup>2</sup> de lagos, ríos, áreas boscosas, jungla, zonas áridas, dunas de arenas y marismas, se concentren una variedad de fauna salvaje impensable en otras circunstancias.



Ngorongoro fue descubierto hace 200 años por las tribus masais. A muchos km de distancia, durante una sequía brutal donde el ganado masai moría por miles, un guerrero vio un pájaro con una hoja verde en el pico.

Inmediatamente organizaron una expedición para seguirlo. Semanas después llegaron al Serengueti y vieron una espesa nube gris. La siguieron hasta lo alto del cráter. El interior del crater se despejó y creyeron haber descubierto el

paraíso. Muchos masais decidieron emigrar a la zona.

Hunter viajó al Ngorongoro a principios de siglo con dos clientes norteamericanos y la abundancia de caza era tal que, cada poco tiempo, los tres hombres debían dejar de disparar para que las armas pudieran enfriarse.

Dice Hunter “el clima del Ngorongoro es casi perfecto, aunque el cráter esta cerca del Ecuador, gracias a la altura conserva un carácter fresco y agradable... aquí es siempre primavera. Con caza abundante alrededor, un arroyo de agua fresca en la puerta y bosques llenos de frutos, un hombre podría vivir aquí tan feliz como pudo vivir en el Jardín del Edén.”

Dice Javier Reverte:

“Junto a la belleza del paisaje del Ngorongoro lo que más impresiona es la riqueza y la concentración de la vida animal. Aquí llueve casi todo el año y sus pastos atraen a millares de hervíboros. Tras ellos vienen los carnívoros y despues los carroñeros. Una colonia de flamencos rosas anida en el centro del cráter. La presencia de lagunas de agua dulce da hogar a varias familias de hipopótamos. Y los mosquitos de la charcas constituyen una abundante dieta para millares de aves.”

Moravia los describe como “el mito del Paraíso Terrenal donde el hombre y los animales vivían en concordia antes de la expulsión de Edén”

## **ZANZIBAR**

Tras pasar dos inolvidables semanas llenas de experiencias en el Norte de Tanzania, descendí hasta la costa, hacia Dar es Salaam, capital de Tanzania. Mi plan era tomar un ferry hasta Zanzíbar.

Dar es Salaam, como casi todas las capitales de países menos desarrollados, tiene poco interesante que contar, excepto que en su Universidad me dejaron utilizar los ordenadores para escribir este texto, que la gran población de origen hindú trata despectivamente a la población de origen africana y es propietaria de casi todas las empresas y comercios, y que en un café me abordó un africano de aspecto realmente desagradable rogándome que le disculpase por su franqueza pero que yo le ponía cachondo y le encantaría conocerme mejor.

Zanzíbar es una isla mágica donde da la impresión de que el tiempo está detenido. Allí conviven armoniosamente una multitud de etnias llegadas del Océano Indico. Además, su bagaje histórico es apasionante, resultado de su pasado como centro del comercio de esclavos y mayor exportador mundial de algunas especias.

Si en el Norte del país lo interesante fueron la fauna y la naturaleza, en Zanzíbar fue su gente y sus alucinantes playas. Pasé varios días en la playa de Jambiani en la costa Este, en compañía de tres finlandesas, una inglesa y dos americanas.

Dice J. Reverte en “El sueño de Africa”:

“Zanzíbar es una isla alargada de 87 km de largo y 37 en su parte más ancha. Se dice que no hay barco que al cruzar desde el continente, no pueda ser visto desde la isla, tal es la claridad de su cielo. Su nombre viene de “Zenzi-Bar” o tierra de gentes negras. Esta isla ya se menciona en “Las mil y una noches”. En 1698, Seif bin Sultan, señor de Omán, envió una fuerza naval que acabó con el dominio portugués de esta isla. Pasó a formar parte del Reino Omani, que iba por la costa desde Somalia hasta Mozambique. El dinero comenzó a entrar a raudales en la isla, donde tenían residencia los principales traficantes de esclavos. Seyyid, sultán de Omán, decidió establecer su capital en Zanzíbar y hacerse rico con rapidez, trasladando hasta allí su corte desde la lejana Muscat, en el territorio de Omán. Se abrieron consulados de Francia, Alemania, Inglaterra, EEUU y Portugal. Seyyid, además de ocuparse de hacer más productivo el tráfico de esclavos, hizo plantar en todos los territorios cultivables de la isla árboles de clavo y, en menor número, otra especie como la pimienta y la canela. En pocos años, Zanzíbar llegó a ser la primera productora de clavo del mundo. Cuando murió, Seyyid dejó tres viudas, setenta concubinas y 36 hijos vivos de los 112 que tuvo.”

“La presión de los ingleses acabó con el tráfico de esclavos en 1888, y se procedió al reparto colonial de los territorios del Africa continental entre Alemania y Gran Bretaña. Zanzíbar se convirtió en protectorado británico. Nueve sultanes más continuaron la línea sucesoria de Seyyid Said. En Diciembre de 1963 la isla accedió a la independencia y se acogió a la Commonwealth. Pero en 1964 estalló una violenta rebelión entre los nativos africanos que en pocos días causó miles de muertos entre los árabes. Otros miles huyeron, mientras se instalaba un poder revolucionario en la isla. Los hijos de los esclavos liberados y los swahilis que habían vivido como siervos de los crueles sultanes durante decenios se cobraban cumplida venganza de la nobleza árabe, de los nietos de los esclavistas y de los cortesanos de los reyes. La rebelión estaba apoyada por Dar es Salaam y por el Presidente Julius Nyerere. En poco tiempo, Zanzíbar y Tanganika se unían en una sola nación que recibía el nombre de Tanzania.



Me encantaría contar algunas cosas más, como algunas costumbres anecdóticas de los leones y elefantes, o entrar a detallar la crueldad bajo la que se desarrollaba el tráfico de esclavos. Pero prefiero no alargar la carta demasiado.

Citando de nuevo a J. Reverte:

**“creo que hay que viajar siempre, ponernos a prueba ante lo inesperado, ver y sentir sobre lo que hemos leído, sobre lo que nos han contado. Y luego escribirlo, para que otros sueñen, para mantener viva la ficción de existir y el anhelo de la eternidad”.**

**“Creo que el ojo del hombre debe ver las cosas por sí mismo, respirar con sus propias narices los aromas de las plantas, de los animales y de los otros hombres, tocar con sus manos las manos de hombres de otras razas, pisar con sus propios pies la tierras más lejanas. El alma del hombre tiene que recuperar la pasión de la aventura y no esperar a que se la sirvan en la pantalla de un televisor o en las salas de un cinematógrafo. Y la gran aventura es siempre el viaje.”**

“Deberíamos viajar sin tregua y alentar en nuestro pecho un corazón de mzungu”.